

ALFAGUARA 

# La memoria del amor

Aminatta Forna

Traducción de Isabel Murillo

*Para Simon, con amor.*

---

1.

Sobre la cama de hierro forjado, una sola y exigua sábana se amolda a la forma del ser humano que esconde debajo. En la mesita de noche, un pequeño montón de cuadernos de espiral junto a un jarrón con flores de plástico de vivos colores. Los cuadernos están desgastados por el uso, sus hojas rizadas por la humedad. En la atmósfera de la habitación, flotan y toman forma los recuerdos de un hombre. El hombre de la cama está contando una historia. Se llama Elias Cole.

Adrian aparta la vista de la fotografía. Escucha. Es nuevo aquí.

Dice Elias Cole:

Una mañana, cuando iba camino de la universidad, oí una canción. Sonaba en la radio de un tenderete. Una canción de un lugar lejano, sobre un amor perdido. Al menos eso me imaginé, no entendía la letra, sólo la melodía. Pero en sus notas graves escuché la pérdida que había sufrido aquel hombre. Y en las agudas comprendí además que era una canción sobre algo que nunca podría ser. Llevaba años sin llorar. Pero lo hice, en el acto, en la acera de una calle polvorienta, rodeado de desconocidos. La melodía me acompañó durante años.

Es lo que sucede cuando ves a una mujer por primera vez, una mujer que sabes que podrías amar. Cuando la gente habla de amor a primera vista se equivoca. No es ni amor ni deseo. No. Cuando se aleja de ti, lo que experimentas es una sensación de pérdida. Una premonición de pérdida.

Jamás pensé que volvería a oír esa canción. Entonces, hará cuestión de un mes, o un par de meses, sentado solo en la habitación de mi casa que hace las veces de estudio, tenía la

ventana abierta, y a través de ella, oí débilmente a alguien silbar la melodía y cantar fragmentos del estribillo. Una voz de mujer. La misma canción de hace años. Llamé a Babagaleh, que por una vez acudió a la primera. Le mandé salir a la calle para que fuese a ver quién silbaba. Me dio la sensación de que pasaba una eternidad. Y mientras esperaba no pude hacer otra cosa que permanecer sentado y escuchar el latido de mi corazón siguiendo el compás de mi impaciencia.

Babagaleh volvió con un albañil, un fula, vestido con un pantalón descosido, el torso desnudo y cubierto de polvo de cemento, que me recordó las cenizas funerarias. Babagaleh lo alejó de las alfombras, pero yo le dije que se acercara. Le pedí que cantara y lo hizo, otra canción. No me extrañaría que Babagaleh hubiese llamado a la primera persona que hubiera visto desde la puerta. Tararéé unas notas, según las recordaba.

Y entonces el hombre cantó, y apareció la canción y su voz, afeminada y aguda. Cuando hubo terminado de cantar para mí, le pedí que me explicara el significado de la letra. Efectivamente, era una canción sobre la pérdida, pero no de una mujer. En la canción, un joven añoraba tiempos pasados, tiempos de los que sólo había oído hablar en boca de los que los habían vivido, tiempos de esperanza y sueños. Cantaba sobre la vida que no había conocido, porque había tenido la desgracia de nacer mucho más tarde, cuando el mundo se había convertido ya en un lugar distinto.

Aquella mañana me había despertado más tarde de lo habitual. Babagaleh llevaba horas en pie. Musulmán, del norte, se levanta cada mañana a las cinco con la llamada a la oración, una de las cosas buenas que tiene. Además, no bebe y es un hombre honesto, que es más de lo que puede decirse de muchos. Aunque de genio irascible, esos norteños. Lo llamé para que llevara un cubo de agua caliente al cuarto de baño, para afeitarme. No tenemos agua caliente, y si hay agua estamos de suerte. Los grifos se secan, y es lo que había

sucedido los últimos días. En la parte trasera de la casa guardábamos un tonel para estas contingencias.

—Hoy quiero acabar el estudio —le dije—. Cuando vuelvas del mercado, ven a verme allí.

—Hoy es viernes —replicó él mientras llenaba el lavabo y se disponía a retirarse. Yo estaba todavía en pijama, sentado en el borde de la bañera, armándome de valor para levantarme y acercarme al lavabo. Ciertamente, era viernes y Babagaleh iba a la mezquita. Nadie me ayudaría en todo el día.

—Muy bien —dije—. Si no te importa, vuelve directamente. No pierdas después el tiempo con la *congosa*.

No hubo respuesta, lo que quería decir que pretendía hacer lo que le viniese en gana. Vertió el agua en el lavabo y dejó el cubo en el suelo, se acercó y se cernió sobre mí como una moscarda. Le indiqué con un ademán que se marchara. Cuando se hubo ido, respiré todo lo hondo que mis pulmones me permitían y me incorporé con la ayuda del toallero. Cuatro pasos hasta el lavabo. Apoyé las manos en el borde de porcelana, conseguí mantener el equilibrio y miré el espejo. Los pelos blancos de la barbilla daban a mi rostro un tono cenizo. Me incliné hacia delante y tiré de los párpados inferiores hacia abajo. Tenía los globos de los ojos amarillos, veteados en rojo. Colores dignos de una puesta de sol, tal vez.

La noche anterior, como las demás noches, Babagaleh me había colocado debidamente las almohadas. Por aquel entonces estaba obligado a dormir casi erguido. Luego me había quedado mirando la oscuridad y escuchando el crujido de mis agarrotados pulmones, el silbido del aire recorriendo los conductos, como una máquina oxidada.

Cogí la brocha de afeitar, humedecí las cerdas y me enjaboné la cara. La navaja no estaba en absoluto afilada y tiraba de los pelos al arrancarlos de los holgados pliegues de piel. En los puntos donde las arrugas eran más profundas, la navaja pasaba de largo sobre los pelos húmedos. Remeté la lengua en el interior de la mejilla y tiré con la mano izquierda para tensar la piel. Cuando acabé, me aclaré la cara con el agua del lavabo. Seguía caliente; me entregué a aquella agradable

sensación. Después volví a mirarme al espejo. La sangre aflo-  
raba en las pequeñas muescas de mi piel. Con los años, se ha-  
bía vuelto más fina. Colgaba, debajo de los ojos, bajo la man-  
díbula, se despegaba de los huesos de mi cara. Estrujé el tubo  
de dentífrico sobre el cepillo de dientes y atacué la dentadu-  
ra. Sangre en las cerdas. Mis encías se habían marchitado, co-  
mo babosas bajo el sol de mediodía. Cuando hube termina-  
do, me enjuagué la boca y escupí en el lavabo. Quité el tapón  
y contemplé el dentífrico, la espuma ensangrentada, los pelos y  
el agua arremolinándose tubería abajo, como tantos años per-  
didos.

Cuando Babagaleh regresó del mercado, yo estaba sen-  
tado en la cama por hacer, peleándome con mi ropa. El esfuer-  
zo de vestirme me había provocado un ataque de tos, el sonido  
del cual debió de reclamarlo hasta la puerta de mi habitación.  
Sin decir nada, dejó la bandeja con los medicamentos, una ja-  
rra de agua y un vaso, sirvió un poco de agua y me ayudó a dar  
unos sorbos. La tos fue amainando poco a poco. Me quedé  
sentado sin moverme, rendido a sus cuidados, como un niño o  
un tonto. Consiguí liberar mi brazo izquierdo de la manga de  
la camisa donde había quedado atrapado, después abrochó los  
botones de los puños. Le aparté las manos, insistí en abrochar-  
me yo solo los botones de la camisa. Se agachó y me puso los  
dos calcetines, me calzó y ató los cordones de los zapatos.

Camisa blanca almidonada. Pantalón negro. Calzado  
correcto. Podría deambular sin afeitarse, vestido con un pijama  
manchado, como el vecino de enfrente. Los ves por toda la ciu-  
dad. Repanchingados en la terraza de su casa, entre los humos  
del tráfico, mirando al vacío, dejándose cubrir poco a poco por  
una capa de polvo de la calle. Los muertos vivientes.

Al salir de la habitación vi de reflón mi imagen refleja-  
da en el espejo del vestidor. Un espantapájaros en la penumbra.  
La camisa y el pantalón hinchándose por encima y por debajo  
del cinturón. Cada semana me apretaba el cinturón una mues-  
ca más. Una gota de sangre en el cuello de la camisa. ¿Qué ha-  
cer? No podía pasar de nuevo por el esfuerzo de cambiarme de  
ropa. No esperaba visitas.

---

Babagaleh vino a decirme que se iba. Se había vestido para acudir a la mezquita, chilaba blanca inmaculada, sandalias de cuero y un casquete bordado de color azul oscuro. Se me ocurrió, y no por primera vez, lo que facilitaría la vida poder vestirse así. Babagaleh realizaba a diario sus sencillas tareas; los viernes ocupaba su lugar en la segunda fila de la mezquita. Un día libre cada dos semanas. Una vez al mes iba a visitar a su esposa. Aunque hacía tiempo que habían tomado caminos separados, el año pasado le había pagado la renovación del tejado y los marcos de las ventanas. Tomaban café juntos y hablaban de sus nietos.

Antes de marcharse, Babagaleh apareció con otra bandeja, esta vez con un termo de té, una barra de pan fula, margarina, un par de huevos hervidos. Me sirvió una taza de té y la cargó de azúcar. Como todos sus parientes, cree a pies juntillas que el azúcar tiene un efecto vigorizante.

Cruzó la habitación y corrió parcialmente las cortinas para preservar la estancia del calor que se aproximaba y salió sin decir nada más. Me quedé un momento sentado tomando un poco de té, consciente de mi soledad repentina. Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza como gorgojos. Por mucho que lo intentara no podía quitármelos de encima; de noche me despertaban con la misma frecuencia que la sensación de ahogo. No hay nada nuevo en todo ello, estoy seguro. Cosas de la edad. La consecuencia de estar desocupado.

Paredes pintadas de blanco. Suelo de madera oscura. Parqué. Había costado dinero instalarlo. Junto a la ventana, visible debajo de la capa de cera, un paralelogramo de madera descolorida allí por donde penetraba el sol. Una alfombra granate con flecos, con sus rombos de lana iluminados por el sol. Un par de sillones coloniales adquiridos treinta años atrás en la Comisión Forestal. Pufs de cuero rojo labrado, agrietados y con manchas de moho.

Cada vez me resultaba más difícil no contemplar aquel lugar y calcular mentalmente cuánto me darían por venderlo todo. Un día observé a Babagaleh mientras sacudía las cortinas,

pasaba un paño húmedo por los brazos de los sillones... Me pregunté si estaría pensando lo mismo. La idea fue cobrando impulso y a medida que avanzaba el día empecé a preocuparme por el tema de la biblioteca. Sus estanterías albergaban centenares de libros. Decidí imponerme la tarea de evaluar cuáles merecía la pena conservar. El resto podía destinarse a la biblioteca de la universidad. Una *donación*. Lo haría así. Aquella nueva forma de ver la idea reforzó mi proyecto otorgándole una razón de ser.

Somos como mascotas enjauladas, los viejos. Como ratones o hámsteres, reordenando constantemente nuestro pequeño espacio, dando vueltas y más vueltas en la rueda para no volvernos locos.

Hace un año cambié toda la decoración de la casa. Llegaron dos pintores con guardapolvos y montaron sus escaleras. De vez en cuando, subía para verificar sus avances, asegurarme de que no derramaran pintura en el suelo de parqué, pero también para observar cómo la pareja pintaba el techo mientras mantenía un equilibrio perfecto sobre un único tablón suspendido entre dos escaleras de tijera. Hablaban entre ellos de temas de todo tipo, sabiduría proletaria instigada la mayoría de las veces por las palabras emitidas por sus transistores. No me prestaban atención, ni tenían por qué hacerlo, y además sabían que tenía poca cosa con que entretenerme.

Fue por entonces cuando empecé a sufrir problemas respiratorios; los vapores de la pintura, ya se sabe. Antes de aquello, una tos seca que me importunaba de vez en cuando. La achacaba al viento harmatán, al polen del jardín, a la contaminación del tráfico que sofocaba la ciudad. No había ido a ver al médico. ¿Para qué? ¿Para que me auscultara el pecho, me recetara antibióticos y me clavara por ello una cantidad descabellada?

Una araña había tejido su red en una esquina del techo, hilos de seda trapezoidales. Y sobre la alfombra, motas de polvo blanco, que Babagaleh había pasado por alto. Polvo de cemento.



---

Una vez vi a una mujer, y lloré su pérdida incluso antes de cruzar una sola palabra con ella.

20 de enero de 1969. La cena de las esposas del profesorado. Nosotros, los solteros, reunidos en un rincón del jardín, un espacio con malas hierbas y sin cuidar. En el otro extremo del césped estaba la cola de recepción a la fiesta. Escuchaba, o como mínimo fingía escuchar, a mi colega quejarse sobre la redistribución del espacio en el edificio de la facultad. Él había salido perdiendo, lo cual era una vergüenza, sin duda alguna. Desvié la vista hacia los invitados que iban llegando. Llevaba un vestido de noche azul y bajaba los peldaños de piedra que descendían hasta el césped sujetando con delicadeza el tejido, que el calor pegaba a su cuerpo. La vi y experimenté una oleada de sentimientos, una emoción entonces indescriptible.

Mi primer pensamiento consciente llegó instantes después; y fue como un bofetón: el hombre que bajaba las escaleras un paso por detrás de ella era su marido.

A escasos metros de alcanzar la cola de recepción, vi que él se apartaba. No era el marido. Alivio, un soplo de aire fresco recorriéndome la espalda. Entonces vi que ella extendía la mano y le tocaba tan sólo la manga. Y aquel leve toque, dado con la punta de los dedos, debió de tener la fuerza de diez hombres, pues él sucumbió al instante y alteró su rumbo para encaminarse hacia la larga fila de gente. Vi cómo sometía su voluntad a la de ella. La vi sonreír, la curvatura ascendente de sus labios, dulce y apenas perceptible. Él le devolvió una sonrisa, de derrotada elegancia. Habían transcurrido segundos desde que posara mis ojos en ella y la había perdido ya dos veces.

Me disculpé, dejé la copa en la bandeja de un camarero que pasaba por mi lado, avancé por el césped y me coloqué al final de la cola después del último, un hombre que me sonaba como miembro de la jerarquía de la facultad. Le saludé con un movimiento de cabeza y él me devolvió el saludo, sin apenas percatarse de mi presencia, sumido desde hacía rato en esa suerte de estupor que suelen generar las obligaciones sociales de este tipo.

Estreché un par de manos más, murmuré saludos. A nadie le importaban y nadie les prestaba atención, su cabeza entregada ya a pensamientos relacionados con el alcohol y la comida. Y entonces allí estaba ella, delante de mí, su mano extendida, sonriendo. Le cogí la mano. Pronuncié mi nombre. Vi su sonrisa, la versión para un pobre hombre de la sonrisa que le había regalado a su marido. Siguió avanzando y se detuvo a unos metros de distancia mientras yo le estrechaba la mano a su esposo. Juntos siguieron avanzando por el jardín, la mano de él una vez más en el rincón de su codo.

Los seguí con la mirada. Me di cuenta de que no tenía ni idea de su nombre, pues el tamborileo de mis oídos lo había aniquilado en el momento de nuestro encuentro.

Cuando volví a darle otro sorbo al té, ya se había enfriado. No me gustan las bebidas templadas. Crucé la habitación con la taza y la dejé en una mesita mientras abría la puerta acristalada que da acceso al porche. Por encima de la barandilla, vertí el líquido sobre el parterre y observé con satisfacción cómo abría un hoyo en la tierra seca. El jardín había sufrido durante la sequía; en el césped habían surgido zonas de tierra pelada, los parterres parecían más bien sepulturas abandonadas.

Regresé al sillón y me di cuenta de que el esfuerzo me había hecho sudar. Me serví una nueva taza de té y lo bebí poco a poco. Cogí uno de los huevos, le di unos golpecitos contra el perfil de la bandeja y pelé la cáscara con las uñas. Puse un poco de sal en el plato y unté el huevo. Babagaleh nunca había aprobado la idea de que un huevo pudiera cocerse en exceso. Pero era lo único que podía hacer para engullirlo. Dejé el resto en la bandeja. Seguía sin hambre. Es ridículo. La ausencia de deseo tendría que resultar liberadora. Pero sientes en cambio otro tipo de anhelo, el del deseo que has perdido. Anhelaba querer comer de nuevo, sentir hambre y deleitarme en el placer de saciarlo. Sentí una necesidad repentina y antojadiza de fumarme un cigarrillo. ¿Qué podía ser más placentero que inhalar despreocupadamente toxinas, hasta lo más hondo de los pulmones?

Pasado un rato, volví a incorporarme con esfuerzo y fui a sentarme detrás del escritorio, hice girar la silla para quedarme de cara a las estanterías. Seleccioné un libro y lo cogí. *West African City*, de Banton, publicado bajo los auspicios del International African Institute. El libro estaba forrado en tela, con costuras hilvanadas, el papel amarillento y rugoso al tacto. Busqué la fecha de publicación en las primeras páginas. 1957.

Empecé a leer por donde había quedado abierto el libro, sobre el crecimiento de esta ciudad: «El tercer estrato estaba compuesto por los inmigrantes tribales, considerados por los criollos como taladores de madera y extractores de agua, y que durante un tiempo se sintieron satisfechos con su posición».

Fui una página hacia atrás: «Los llamaban “en quienes”, citando el salmo 95: “En quienes juré en mi furor que no entrarían en mi reposo”».

En el margen había algo escrito. De no haber estado tan familiarizado con aquella caligrafía, me habría costado descifrar las palabras. «Dame la tripa llena y una hamaca y entraré en mi propio reposo.» Julius. Era su costumbre, típico de él, escribir notas al margen en los libros prestados. Cerré el libro, necesité unos minutos para recuperar el control de mi respiración. Me incliné sobre la mesa y dejé caer el libro en la caja de cartón que había junto a la misma.

El siguiente libro que cogí fue uno de Lethbridge Banbury sobre estas tierras. Éste merecía la pena. Un precioso libro de color granate. En la cubierta, la imagen grabada en dorado de un elefante y una palmera. Hojas cortadas a mano. Láminas ilustradas en blanco y negro, protegidas todas ellas con una hoja de papel de calco.

Aún soy capaz de citar de memoria las primeras líneas: «Por qué fui a S. no viene al caso: tal vez diera aquel paso por ese deseo insaciable de “ver el mundo”, que con tanto fervor posee a muchos ingleses; o tal vez actuara por un ambicioso deseo de ascender en un servicio en el que popularmente se supone que el éxito llega sobre todo a aquellos que para buscarlo se apartan de los caminos trillados».

Me lo regaló un tutor que conocía mi amor por los libros, un profesor visitante de una universidad escocesa. Una primera edición, publicada en 1888. Llegó por correo unos meses después de que finalizara su investigación y partiera de aquí en barco. Recuerdo que cuando bebía le gustaba recitar un verso, sobre el último gobernador colonial:

*Beresford Stuke me hace vomitar,  
pero en el protectorado  
no hacen más que expectorar.*

Me reía para complacerle. Y después también porque me animaba a beber, como si la sobriedad por parte de alguno de nosotros fuera un insulto.

Aquel atardecer de enero la observé, a ella y a su marido. Se movían por la fiesta con comodidad, nunca estaban solos más que unos instantes. Hubo un momento en que me situé junto a un grupo, un poco más allá del círculo cerrado, apartado de la luz pero tan cerca que de haber extendido el brazo la habría tocado. Su marido explicaba un incidente de algún tipo, había risas... de todo el mundo, excepto por mi parte. No había seguido lo que decía. Sino que me había dedicado a mirarla. A contemplarla mientras ella a su vez lo contemplaba a él. Nuestras miradas se cruzaron una vez. Me sonrió y apartó la vista.

Más tarde recordé dónde le había visto. Un día a la hora de comer en la sala de conferencias, durante una reunión convocada por los estudiantes. Para discutir la expulsión de uno de los suyos, si no recuerdo mal. Me había enviado el decano y me había sentado al fondo. Mi presencia pasó desapercibida, lo que ya me vino bien. Un par de párrafos a máquina y al casillero del decano. Deber cumplido.

Durante los minutos previos a la convocatoria oficial de la reunión, me fijé en cómo se congregaban a su alrededor los estudiantes, sofocados e impacientes. Ya en la reunión, el portavoz reclamó su presencia en el estrado. Al principio se mostró reacio, sonrió y agitó un papel en el aire como si con

ello pudiera desechar la idea sin más. Ante el murmullo de insistencia de la sala, se puso en pie, repentinamente lleno de energía, subió al estrado y pronunció unas pocas palabras. Apoyó el codo en el atril, se inclinó hacia delante y miró a los miembros del público directamente a la cara. El ambiente retumbó con el sonido de su voz. Una oleada de excitación. Aplausos, como aves levantando el vuelo.

¿Qué les dijo? No lo recuerdo.

Pasé el resto de la mañana y la mayor parte de la tarde rebuscando. Mi búsqueda era, por necesidad, tanto lenta como dolorosa. Cuando Babagaleh regresó de la mezquita, le pregunté:

—¿Dónde están mis cuadernos?

Se me quedó mirando a modo de respuesta, como solía hacer; su primer instinto, ocultar cualquier conocimiento, cualquier evidencia de proceso intelectual, convertir su expresión en una serena cara de piedra sobre la que ninguna acusación daba resultado hasta que sabía exactamente adónde quería ir a parar mi pregunta. Salió de la habitación y regresó con una caja de cartón con el rótulo «Milo Milk».

—¿Dónde estaban? ¿Por qué los cambiaste de sitio?

—En el almacén, señor —se quedó mirándome, una mirada de completa inocencia.

—Déjalo encima del escritorio, por favor —ya no soportaba calentarme en exceso. Lo sabía. Babagaleh también lo sabía.

Aquella noche permanecí despierto hasta tarde, hojeando mis cuadernos. No había luz; Babagaleh encendió un par de velas y a pesar de que tenía que forzar la vista y los vapores de la cera me provocaban dolor en el pecho, continué leyendo. Los cuadernos habían sobrevivido, aunque las gomas elásticas que los mantenían unidos se hicieron pedazos en mis manos. Faltaban algunas hojas, otras mostraban un enrejado fruto del trabajo de lepismas y termitas, algún que otro rincón con huevos secos, filamentos y hebras de insectos desconocidos. La tinta de mi estilográfica se había descolorido hasta teñir las hojas de un gris apagado. Pero sí, intactos. Más o menos.

No eran diarios. Tan sólo notas que escribía para provecho propio. Una fecha relevante. Ideas para una futura conferencia. El título de un libro o un documento. Listas de cosas que hacer.

25 de noviembre de 1968. Dos meses antes de la cena de esposas del profesorado. De mi puño y letra, los acontecimientos de aquel día. Breve resumen de la reunión, su discurso a los alumnos. Ninguna referencia sobre lo que dijo.

Recordé haber mencionado su discurso en el informe para el decano.

Julius Kamara. Una tarde, mientras trabajaba con las notas de mi conferencia, le vi desde la ventana. Un caminar inconfundible: pasos tranquilos, una mano en el bolsillo del pantalón. Guardé la pluma para seguir mejor su avance. Le observé atajar la esquina por la hierba, girar hacia la derecha y empujar con ambas manos las dobles puertas de entrada al departamento de ingeniería.

La siguiente vez que lo vi fue de camino a mi casa. Un jueves, paseando por el campus, lo vi por delante de mí. Durante un par de minutos mantuve el ritmo siguiéndole. Una pareja de estudiantes sentados en los peldaños de la sala de conferencias le llamaron y se levantaron, se sacudieron los pantalones, cogieron sus libros. Él se detuvo, esperó a que le alcanzasen. Pasé inadvertidamente por su lado.

Justo delante de las verjas de la universidad había un Volkswagen Variant aparcado, el motor parado. Ella estaba sentada en el asiento del conductor, el codo apoyado en la ventanilla abierta. Llevaba un vestido sin mangas de algodón claro, el cabello envuelto en un pañuelo naranja. Desde donde estaba sentada podría haberme visto por los retrovisores, pero no me vio. Ralentiqué el paso. Me aproximé al coche.

—Buenas tardes.

Se quedó mirándome, atando cabos.

—Hola —replicó, con la suficiencia de los buenos modales y con la más escueta de las sonrisas. Algo que hacen las mujeres cuando se enfrentan a un hombre que no reconocen, con la pretensión de ni animarlo ni ofenderlo.

---

—La cena de esposas del profesorado —dije—. Elias Cole.

—Por supuesto —y me obsequió con una débil sonrisa.

—Julius me ha dicho que le diga que va con un poco de retraso, pero que viene enseguida.

—Gracias —y volvió a sonreír, con más generosidad esta vez.

—Me temo que he olvidado...

—Oh —dijo ella cuando comprendió qué quería decir y se dio un golpecito en el pecho—. Saffia.

Me alejé.

—Gracias —dijo de nuevo. Moví tímidamente la cabeza en señal de reconocimiento.

Minutos más tarde pasaron por mi lado, Julius al volante. El sol estaba bajo. No sé ni si me vieron. Fuera como fuese, el coche pasó sin reducir la marcha.

Seguí andando por la larga calle, oscurecía. Las sombras de los árboles que flanqueaban el camino se movían sigilosamente hacia fuera, los colores a mi alrededor se diluían en grises. Las bases pintadas de blanco de los troncos de los árboles, iluminadas por el sol poniente, destacaban como centinelas. Observé las luces traseras del coche hasta que en la lejanía se transformaron en luciérnagas. Me detuve y saqué mi cuaderno, lo apoyé en la suave corteza de un árbol y anoté el número de matrícula del coche, ahora que aún lo tenía fresco. Y otra palabra, una sola.

«Saffia.»